

Comentarios críticos al texto de Jean-Pierre Garnier

«Gentrificación: un concepto inadecuado para una temática ambigua»

Pese a partir de un mismo enfoque –marxista– y coincidir en algunos aspectos con J.P. Garnier, como la constatación de la dependencia académica del mundo anglosajón o la discusión frente al uso de neologismos con frecuencia en detrimento del rigor académico, el autor argumenta aquí su discrepancia con la crítica de Garnier respecto al término «gentrificación».

Modismos y colonialismo académico

El de Garnier es uno de varios textos escépticos con el concepto y las discusiones en torno a la gentrificación que han aparecido en los últimos años. Dentro de estos, en el mundo hispanoparlante, son notorias las aportaciones de Jaramillo y de Pradilla Cobos.¹ Con estos coincide en ser una opinión expresada desde un investigador maduro, consolidado en la academia y desde una perspectiva marxista. Esto no deja de ser paradójico, mientras en el mundo anglosajón los ataques al uso del término gentrificación han venido principalmente desde posiciones afines al status quo (ver polémicas de Slater),² en idiomas romance los principales cuestionamientos se han hecho desde la izquierda.

Ibán Díaz Parra es Profesor de Geografía Humana e investigador posdoctoral de la Universidad de Sevilla

¹ S. Jaramillo, «¿Gentrificación en Bogotá?», *I Congreso Latinoamericano de Teoría Social*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, 2015; V. Delgadillo, «América Latina urbana: la construcción de un pensamiento teórico propio. Entrevista con Emilio Pradilla Cobos», *Andamios, revista de investigación social*, núm. 10, 2013, pp. 185-202.

² T. Slater, «The eviction of critical perspectives from gentrification research», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 30, núm. 4, pp. 737-757, 2006; T. Slater, «Missing Marcuse. On gentrification and displacement», *City*, vol. 2, núm. 3, 2009.

Hay razones para que esto sea así. La mencionada crítica puede vincularse a una posición reacia a las innovaciones terminológicas, los neologismos y las nociones tentativas, asociadas por lo general con la ausencia de rigor teórico y con un “colonialismo” intelectual anglosajón. Garnier afirma que la gentrificación «está de moda» y esto es parte de lo que nos molesta a los que venimos de una tradición marxista, quizás olvidando que ninguna corriente de éxito en la academia del siglo XX y XXI ha sido totalmente ajena a las modas. No obstante, tanto el abuso de las modas como el predominio de la academia anglosajona son problemas reales. Por un lado, los neologismos, con todas esas palabras a las que se les añade el prefijo “post” a la cabeza, venden y permiten añadir interés a un texto, a un libro o a una discusión, en una academia siempre ávida de novedades, con independencia del valor real de la problemática o a la rigurosidad de los argumentos. Por otro lado, la “dependencia” hacia la academia, conceptos, publicaciones y discusiones del ámbito anglosajón es un problema real, pernicioso para el desarrollo de un pensamiento propio fuera de los centros de producción intelectual de EEUU y Reino Unido y, con toda seguridad, mucho más dramático en la academia hispanoparlante que en la francófona, esta última con una tradición más independiente y preocupada por mantener una prudente distancia con la producción cultural en inglés.

Las modas académicas traen muchas discusiones efímeras e insustanciales, pero no siempre es así, y algunos de estos términos han llegado para quedarse y hacen referencia a problemas y procesos que merecen ser nombrados

No obstante, a pesar de que estos argumentos tienen su peso, también merecen algunas matizaciones. En primer lugar, sin duda las modas académicas traen muchas discusiones efímeras e insustanciales, pero no siempre es así, y algunos de estos términos han llegado para quedarse y hacen referencia a problemas y procesos que merecen ser nombrados. En este sentido, algunas de las críticas parecen apresuradas y poco fundamentadas en una lectura actualizada de los textos clave de estas discusiones. En segundo lugar, igual de legítima es la aspiración a una producción de conocimiento regional o nacional propia, como a un entendimiento entre ámbitos culturales a través del uso del inglés como *lingua franca*. En concreto, con la cuestión de la gentrificación traemos a colación conceptos y teorías de autores anglosajones críticos, a menudo marxistas, y que creemos de gran interés para el pensamiento anticapitalista independientemente de su origen geográfico.

Más allá de esto, Garnier no niega la existencia de un proceso particular, con notable relevancia en las grandes metrópolis contemporáneas, de reinversión y sustitución de población en sectores centrales antes degradados. El núcleo de su crítica se dirige al uso de la

palabra «gentrificación», y se centra en lo que considera un funcionamiento ideológico del término, que oculta la identidad de clase detrás de la figura del gentrificador, lo que además resultaría cómodo para los académicos insertos en estas discusiones, a menudo “gentrificadores” ellos mismos. Como él mismo advierte, el discurso de Garnier arremete explícitamente contra parte de la academia francesa, al tiempo que reconoce que el uso de esta terminología puede estar dándose de forma más crítica y útil para las víctimas del urbanismo neoliberal en otros lugares. Sin embargo, el hecho de que el texto transcriba al castellano una conferencia realizada en Barcelona, así como la coincidencia de su discurso con el de otros autores del ámbito hispanoparlante, invitan a un autor que ha trabajado abundantemente sobre estas cuestiones a responder algunos de los argumentos publicados.

¿Quién es el gentrificador?

Garnier se pregunta si el término permite clarificar cierto tipo de procesos o si contribuye a mantener la confusión en torno a los mismos. Al mismo tiempo que reconoce el valor metafórico que tenía su uso original para referir el contenido de clase, advierte que la referencia a la *gentry* (una pequeña nobleza rural británica enriquecida con la privatización de los bienes comunales) oscurece «la verdadera pertenencia de clase» de los gentrificadores, que obviamente no pertenece a este grupo. En este sentido, cualquiera de las alternativas que se han barajado en castellano, tiene el mismo problema que «gentrificación». El ennoblecimiento de Carman³ no describe un proceso protagonizado por la nobleza, la elitización⁴ tampoco describe un proceso necesariamente protagonizado por la élite social, aburguesamiento, como bien señala Garnier, tendría el mismo problema.

Pero la referencia original a la *gentry*, como señala Duque Calvache⁵, es irónica, y nunca ha pretendido ser descriptiva de uno de los grupos que intervienen en el proceso. Se utilice el término que se decida utilizar, este no tiene por qué describir el estrato social de origen predominante entre los nuevos pobladores que sustituyen a los viejos vecinos en un proceso de gentrificación, y esto se debe a varias razones que expondré a continuación. Primero, el grupo que entra no siempre pertenece a una fracción de clase bien delimitada. Los nuevos colonos siempre son finalmente «clases de consumo».⁶ El acceso al bien de consumo no viene determinado por la relación con la producción, sino por el puro poder social condensado en el dinero sumado a una serie de pautas culturales que como mínimo van más

³ M. Carman, *Las trampas de la cultural*, Paidós, Buenos Aires, 2005.

⁴ L.M. García Herrera, «Elitización: Propuesta en español para el término gentrificación», *Biblio 3W*, vol. VI, núm. 332, 2001, disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-332.htm>

⁵ R. Duque Calvache, «La difusión del concepto gentrification en España: reflexión teórica y debate terminológico», *Biblio 3W*, vol. XV, núm. 875, 2010, disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-875.htm>

⁶ D. Harvey, *The Urbanization of Capital*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985.

allá de la relación con la propiedad. La característica indispensable del grupo que entra en el barrio rehabilitado es que puede elegir su ubicación en el espacio, y esto se produce porque tiene recursos para (y disposición a) pujar más por él que otros grupos, en concreto que los habitantes previos. Aunque en determinados casos sea fácilmente identificable una fracción de clase muy definida, por ejemplo, una pequeña burguesía vinculada a la industria intelectual y cultural (como señala Garnier), este grupo no siempre es tan homogéneo y no tiene por qué ser el mismo en todos los casos. El proceso sería el mismo y seguiría las mismas lógicas (del mercado) si esta pequeña burguesía intelectual se viera desplazada por una burguesía ligada al sector financiero, con mayor capacidad de compra, como parece que efectivamente ha podido ocurrir en algunos sectores centrales de Nueva York.⁷ La casuística en este sentido es muy amplia.

La característica indispensable del grupo que entra en el barrio rehabilitado es que puede elegir su ubicación en el espacio, y esto se produce porque tiene recursos para pujar más por él que otros grupos, pero este grupo no siempre es tan homogéneo y no tiene por qué ser el mismo en todos los casos

Segundo, los gentrificadores, para muchos autores, no son tanto el grupo que coloniza el espacio efectivamente como los detentadores del capital que puede planificar, desencadenar y controlar este tipo de procesos. Nuevos y viejos vecinos son consumidores de espacio que generan la diferencia de renta y las ganancias especulativas que se apropiarán los detentadores del capital inmobiliario (esta idea es desarrollada por Morell).⁸ En términos generales, los geógrafos marxistas que han trabajado con la gentrificación, coherentemente creo, ponen su foco en la circulación del capital en relación a los procesos de desvalorización y revalorización que desencadenan la sustitución de población, y no tanto en las pautas de consumo y la caracterización de los nuevos vecinos. Lo anterior no quiere decir que no se deba criticar la ideología del consumo hedonista o la existencia de estratos privilegiados y el papel perverso de los mismos en los procesos del urbanismo neoliberal.

Tercero, cuando hablamos de segregación socio-espacial no nos limitamos a referir un grupo concreto, sino un tipo de proceso que responde a las lógicas del capitalismo, que refleja la existencia de una serie de relaciones de dominación y privilegio entre grupos

⁷ L. Lees, «Super-gentrification: The case of Brooklyn Heights, New York City», *Urban Studies*, vol. 40, núm. 12, 2003.

⁸ M. Morell, «Labouring the class gap in gentrification: A political reading of the rent-gap theory», *International Conference on Global Capitalism and Processes of Regeneration. A tribute to Neil Smith*, Barcelona, 14-16 de septiembre de 2015.

humanos y que se concreta en toda una serie de patologías y consecuencias socialmente perniciosas y éticamente reprobables. Esto es lo que referimos también con gentrificación o con cualquiera de las alternativas que se han ofrecido en castellano, pero que no han acabado de cuajar. No se intenta apuntar a un estrato de clase perfectamente definido, sino a un proceso de transformación de un sector por la sustitución de sus habitantes por otros de estatus superior, mediada por la valorización del entorno construido.⁹ Refiere una relación entre la circulación del capital y la transformación del entorno físico, y entre este y el tipo de habitantes vinculados a un sector. Este es un proceso que actúa en la dirección inversa al mismo tiempo que está conectado con el viejo filtrado residencial (del que hablan algunos sociólogos) y la *tugurización* (término muy común en Argentina), siendo una de las formas en que se modifican unas pautas de segregación socio-espacial previas y bien establecidas. Ese es el proceso que estamos nominando y por eso centrarnos en el grupo de nuevos colonos es empobrecedor. Sería conveniente profundizar y construir el concepto, no tanto porque el término sea intuitivamente descriptivo de cierto sujeto, sino por su imbricación dentro de una teoría del funcionamiento de la ciudad capitalista (¿teoría de la renta de suelo?) y por su relación con otros conceptos dentro de un sistema.

Como Garnier está convencido de que el término tiene que hacer referencia al grupo de nuevos colonos, enumera toda una serie de términos de moda que se han utilizado para referir algún tipo de estrato medio característico del capitalismo contemporáneo y afirma que todos son una manera de evitar llamar a las cosas por su nombre que es: «pequeña burguesía intelectual». Creo que cualquier lector de estudios urbanos en castellano se quedaría por lo menos sorprendido con esta afirmación, ya que esta terminología puede estar muy arraigada en la academia francófona, pero no lo está para nada en castellano, con lo que comprobamos lo arbitrario que puede llegar a ser el uso de un término u otro. Y que conste que no tengo ningún problema en hablar de burguesía e incluso me parecen bastante adecuadas las categorías utilizadas por Garnier, pero ¿debemos utilizar ese término? ¿Por qué no el de «nueva pequeña burguesía» de Poulantzas?¹⁰ ¿O quizás algún otro? Esa es una decisión clave en el diseño de cualquier investigación que no es en ningún caso autoevidente. Hay una discusión muy rica en el marxismo que va de Poulantzas a Ollin Wright pasando por Bourdieu o Thompson sobre las categorías y los procesos de construcción de la clase en el capitalismo contemporáneo, quizás todo autor debería atender a ella antes de abordar la gentrificación; no obstante, esa no es la discusión en torno a la gentrificación. La discusión en torno a la gentrificación, en mi opinión, debería girar en torno a la circulación de capital en el entorno construido, la renta de suelo y cómo esta produce pautas de segregación socioespacial, pero también las transforma.

⁹ E. Clark, «The order and simplicity of gentrification. A political challenge», en R. Atkinson y G. Bridge (eds.), *Gentrification in a Global Context: The new urban colonialism*, Routledge, Oxon, 2005.

¹⁰ N. Poulantzas, *Las clases sociales en el capitalismo actual* (11ª edición), Siglo XXI, Ciudad de México, 2005.

¿Gentrificación o despoblamiento?

Al final del texto Garnier asume como un tema interesante la cuestión de la gentrificación y cita de forma aprobadora a algunos de los autores que han tratado la cuestión. El desacuerdo entonces se dirige a la supuesta focalización de los estudios sobre gentrificación en los nuevos habitantes, en perjuicio de los vecinos que estaban antes y que en algún momento se tendrán que marchar. Sin embargo, podríamos argumentar que el que se centra en este grupo es el propio Garnier, preocupado por el carácter aparentemente progresista de la pequeña burguesía contemporánea y el camuflaje de sus privilegios bajo una máscara de transgresión. Garnier asocia la necesidad de la pequeña burguesía intelectual de imprimir su marca en la ciudad, a la preferencia por los barrios céntricos y por un cierto modo de vida e identidad social. Esto se encuentra muy cercano al discurso de la gentrificación desde la perspectiva del consumo.¹¹ Pero esta no es la única forma ni la más apropiada de abordar el problema. Al poner todo el énfasis en los consumidores del espacio, se acabaría por restarle importancia al rol de la clase dominante en este tipo de procesos, capacidad de reordenar la ciudad en función de sus intereses, la relación de esto con la renovación urbana y la rehabilitación y con la circulación de capital en entorno construido.

Nada en el término, como parece pensar Garnier, empuja a adoptar una perspectiva centrada en los consumidores de espacio. Esta situación parece responder más bien a la relación de fuerzas políticas y la situación de la academia en diferentes países. Sin ir más lejos, en los países de habla hispana los estudios sobre gentrificación tratan más que nada sobre el desplazamiento y las resistencias de los vecinos originales de este tipo de barrios, mientras puede haber habido cierta negligencia respecto del estudio de los nuevos residentes (solo hay que ver las compilaciones que se han hecho en los últimos años sobre este tema, por ejemplo la realizada por Delgadillo, Díaz Parra y Salinas).¹²

Por su lado, la propuesta de Garnier para atender al desplazado, hablar de “despoblamiento”, difícilmente funcionaría de la forma que él desea en países como España. El despoblamiento ha sido un gran tema respecto de los centros urbanos durante la segunda mitad del siglo XX. El declive demográfico y el envejecimiento han sido la nota dominante en los sectores históricos populares de las ciudades españolas durante décadas y con carácter previo a su revalorización. Esto no deja de estar relacionado con la gentrificación posterior de estos sectores, pero no debe confundirse con el desplazamiento directo e indirecto de grupos populares provocado por el incremento de los alquileres y el coste de la vida una vez se reinvierten estas piezas del tejido urbano. El mayor despoblamiento de las áreas centra-

¹¹ D. Ley, *The New Middle Classes and the Remaking of the Central City*, Oxford University Press, Oxford, 1996.

¹² V. Delgadillo, I. Díaz Parra, L. Salinas, *Perspectivas del estudio de la gentrificación en México y América Latina*, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, México DF, 2015.

les se ha producido precisamente como paso previo a la gentrificación, por lo que si hablamos de despoblamiento podríamos acabar tomando la gentrificación como una simple repoblación, lo cual haría muy felices a planificadores y arquitectos neoliberales y ayudaría a despolitizar y a otorgar una máscara amable al proceso.

Al contrario de lo que afirma Garnier, hablar de gentrificación se convierte en algo muy incómodo para académicos y otros colectivos progresistas porque les obliga a reflexionar sobre su papel en los procesos de desplazamiento de inquilinos pobres

La parte válida del argumento de Garnier es la crítica a la gentrificación tomada como un simple establecimiento de nuevas clases medias o pequeña burguesía intelectual. Coincidimos en tratar esto no solo como una visión parcial sino un error que cometen una parte de los autores que trabajan con gentrificación, especialmente aquellos que prestan más atención al consumo de espacio. Esto sin duda es parte del proceso, pero ni es todo el proceso, ni cualquier asentamiento de estos grupos implica gentrificación. Sin embargo, hay otras cuestiones en las que el texto falla por apresurado. He estado desarrollando investigaciones sobre gentrificación a lo largo de muchos años y en varios países y mi experiencia va exactamente en la dirección contraria de la mayoría de las hipótesis encadenadas que Garnier deriva de su crítica al uso del término. Al contrario de lo que afirma el francés, he podido comprobar cómo hablar de gentrificación se convierte en algo sumamente incómodo para los académicos, los profesionales progresistas e incluso los activistas vecinales de clase media que fueron a vivir a los viejos barrios centrales que han acabado por encarecerse. Esto es así porque les obliga a reflexionar sobre su papel en los procesos de desplazamiento de inquilinos pobres, frente a lo cual se sentirían mucho más cómodos hablando de una despoblación y repoblación posterior. Respecto de la utilidad que puedan sacar los agentes del capital inmobiliario de los estudios urbanos, lo cual puede extender a cualquier tipo de investigación, hay que asumir que los especuladores suelen saber mucho más que los urbanistas sobre los mecanismos de la ciudad capitalista, sin necesidad de recurrir a ningún neologismo. Por el contrario, en mi experiencia y en la de muchos compañeros, son los viejos vecinos y los amenazados por desplazamiento los que suelen encontrar mayor interés en el concepto. Un investigador bastante reconocido en estos temas me comentó que empezó a utilizar el término tras escuchárselo a militantes del movimiento de pobladores de Chile. Mi experiencia en Buenos Aires ha sido también que existe una demanda desde los movimientos urbanos por saber más sobre la gentrificación y un interés por utilizar el término para denunciar los procesos de expulsión de las clases populares de las áreas centrales, al mismo tiempo que políticos y urbanistas del gobierno se esfuerzan por negar su aplicabilidad a las ciudades latinoamericanas.

Rélicas

En definitiva, mientras que algunas de las suspicacias de Garnier respecto de la gentrificación están justificadas, otras no lo están en absoluto. Si en algún contexto los estudios sobre gentrificación pueden ser parte de una práctica legitimadora, en otros, los ataques al uso del término bien podrían ser parte de una defensa del status quo. Al menos estamos de acuerdo en que la gentrificación refiere un tipo de proceso socio-espacial relevante que hay que nombrar de alguna manera.